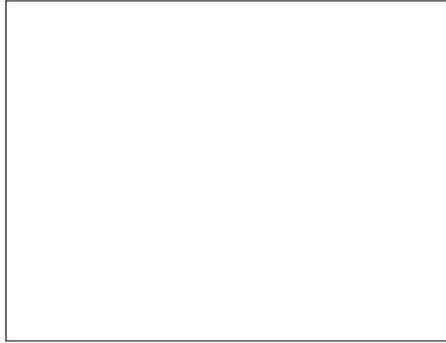


LOIS LEVEEN

LA NODRIZA DE JULIETA

Traducción de Andrea Lombardi





Título original:

Diseño de cubierta: Juan Pablo Cambariere

Primera edición en Argentina:

© Lois Leveen, 2023

@ Traducción de Andrea Lombardi

© de la presente edición Edhasa, 2023

Avda. Diagonal, 519-521
08029 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2° piso C
C1054AAT Capital Federal
Tel. (11) 50 327 069
Argentina
E-mail: info@edhasa.com.ar

ISBN:

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Impreso por

Impreso en Argentina

*Para quienes luchan contra la desesperanza y la pérdida.
Para que puedas buscar contención y encontrar tu colmena.
Tu dulzura vale la pena.*

Parte uno

1360-1363

Uno

Faltan dos noches para las vísperas de Lammás y me voy a la cama sintiéndome gorda y feliz. Me creerán una tonta por dejarme engañar de tal manera, a mi edad. Pero en lo profundo de nuestro corazón, todos queremos ser engañados. Y por eso hacemos el ridículo.

Durante meses, Pietro y yo hemos terminado la cena probando sus más recientes delicias: cerezas confitadas, mermelada de membrillo, higos macerados en moscatel. Pese a que todavía no puede costear el azúcar, Pietro ha comenzado a recolectar miel de panales en los campos y praderas más allá de las murallas de Verona. Me da mucho miedo porque me picaron de niña. Mi cara se hinchó tanto que la gente del pueblo se persignaba cuando se cruzaba conmigo, como si estuviera hechizada. Pero cada vez que Pietro vuelve de sus colmenas zumba como si él mismo fuera una abeja, e insiste en que finalmente esto le traerá buena fortuna. Quizá no podrá hacer los dulces *confetti* que ofrecen los apotecarios, pero sí manjares que podremos vender.

Aunque yo le advierto que nos va a llevar al hospicio derrochando todas esas especias preciosas para nuestro propio placer, cada noche dejo que me ponga de pie y me alimente con algún deleite sin nombre. Parado detrás de mí, tapa mis ojos con una

de sus enormes manos, mientras que con otra desliza alguna nueva delicadeza en mi lengua como un cura que administra una hostia.

—¿Por qué buscas un agujijón —pregunta, sus palabras suaves en mi oído —cuando solo hay un dulce?

Y yo me hincho entonces no por la aguda picadura de una abeja, sino por las delicias que ha elaborado con su miel. O eso creo, mientras mi cuerpo se ensancha y se enlentece a medida que la tibieza de la primavera se convierte en el profundo calor del verano.

Los gustos delicados de lo que mi marido pone en mi boca han agudizado mi sentido del olfato, así que no tolero ningún olor no placentero. Friego y aireo cada rincón en nuestras magras habitaciones alquiladas. Y en la semana previa a las fiestas de Lammis, lavo nuestra ropa de cama. Cada cobertor, cada funda de almohada, todas las sábanas guardadas en nuestro mohoso cofre de bodas reciben una lavada como no les he podido dar en varios años, matando cada piojo, pulga y chinche que pueda haber en ellas. Es un trabajo de tres días, y forcejeo con cada canasto de sábanas en el camino hacia la fuente pública y más todavía en el camino de vuelta, cuando traigo las sábanas mojas y pesadas de regreso a Via Zancani y las subo escaleras arriba a nuestro techo. Una vez colgadas a lo largo de la varilla de la ventana bajo el radiante sol de julio, los ángulos de las sábanas atrapan el viento como las alas manchadas de negro de las gaviotas que se persiguen unas a otras sobre el río Adigio.

Mi Pietro nunca ha sido hombre de desperdiciar una sábana limpia (tampoco un mantel limpio o un claro cubierto de hojas en un bosque de sicómoros) sin tomarme sobre ella. Y es por ello que, cada noche de esa semana, trepa sobre mí con el mismo celo amoroso con el que me privó de mi virginidad hace

treinta años. Sobre esto, también, me engaño: que podamos reír y desear como si todavía fuéramos los jóvenes que por primera vez yacimos juntos. Como si nunca hubiéramos dejado el campo y entrado por las puertas de la ciudad, y como si la peste no hubiera llegado.

Durante siete noches, dormimos apretados y satisfechos en esas sábanas. Hasta las primeras horas del día previo a las vísperas de Lammas, cuando me despierto para encontrarme con la ropa de cama completamente mojada.

Pietro no suele levantarse rápido o con facilidad, así que le doy un rodillazo donde sé que recordará bien.

—Measte las sábanas.

Se despierta, e insulta, y dice:

—No fui yo quien las ha mojado.

Corriendo el cobertor, sigue el rastro de la mancha húmeda con la uña teñida de canela de su dedo macizo. La mancha forma un pequeño mar alrededor de la robusta isla de mi persona, y apenas llega a mitad de camino por debajo de él.

Gorda y feliz. ¿Podía yo creerme solamente eso? ¿Podía solamente pensarme vieja y corpulenta, solo contenta de estar en celo con el mismo cabrío canoso a quien hace rato llamo mi amado esposo? En los meses de falta de aire por el vestido apretado, ¿no tuve idea de lo que verdaderamente estaba pasando?

No. No pude. No hasta que Pietro sigue el rastro de la mancha en la sábana sin entender todavía de qué se trata.

Es mi turno ahora de insultar.

—Por la Madonna, ve a buscar una partera.

Está más atontado por este segundo golpe con palabras que por el primero, el físico.

—Marido, ¿no lo ves? No es la edad lo que interrumpió mi sangrado en estos últimos meses. Fue un embarazo tan com-

pleto que aquí acabo de romper fuente. Benditas sean María y Santa Ana, estoy a punto de dar a luz.

Esto lo despierta por completo. Besa estas últimas palabras en mi boca, besa mi panza, y besa cada una de mis anchas caderas. El tonto feliz hasta besa nuestras sábanas sucias, está tan contento con la noticia.

—Una partera —le recuerdo, mientras las campanas de la iglesia llaman a laudes.

Baila mientras camina, vestido con mayor alegría que con la que usualmente me desviste. Por el modo en el que se bambolea y grita, parecería todavía borracho del vino de anoche, hasta que se detiene frente a la imagen de la Santa Virgen amamantando al Niño. Se persigna tres veces y murmura una plegaria para que me cuide mientras se ausenta. Entonces, el gran oso de mi marido, olvidándose de agachar la cabeza, se da un golpe terrible en la frente contra el dintel de la puerta de entrada. Se tambalea como un bufón antes de correr al galope escaleras abajo y hacia las calles aún oscuras de Verona.

Ya sola, miro a la Virgen, bastante feliz de que la oscuridad no permita descifrar sus facciones conocidas. Sea quien fuere el aprendiz que la pintó, no tenía gran habilidad porque quedó con los ojos bizcos, la pupila negra de una de sus órbitas azules contemplando a su niño, hacia abajo, y la otra mirando en línea recta hacia quienes pasan delante de ella. Pietro me la regaló cuando nos casamos. A los veinte no supo elegir otra cosa, y yo a los doce no supe sino encontrarla adorable. En las décadas que siguieron me he hecho más conocedora, burlándome de sus rasgos deformados. Pero no me burlo ahora, mientras le pregunto a la más improbable de las madres cómo es esto posible, y si me bendecirá, y por qué no me vienen los dolores si mis aguas ya se esparcieron. Es una conversación unilateral, como todas las que

he tenido con ella. Sola y aterrorizada me recuesto, masajeando la carne de mis costados, pero temerosa de tocar mi barriga. Aguardo a Pietro, y a la partera, y a mi última y menos esperada criatura.



—¿No hay silla de parto?

Para cuando regresa Pietro la luz del día ya empieza a colarse por la habitación, y no hay dudas de que la partera que trajo está retorcida como un castaño, con un leve temblor que le sacude las manos y la cabeza. No logro imaginar de dónde habrá desenterrado mi esposo a semejante criatura decrepita, aunque supongo que a esta hora tenemos suerte de haber conseguido a alguien. Lo echa de la habitación ni bien la hace entrar, y quedamos solo yo y sus dos asistentes, dos mellizas tan cortas de entendederas que entre las dos no parecen hacer una, para oír sus quejas; la primera, sobre la ausencia de una silla de partos. Su única satisfacción al oírme decir que no tengo ninguna es decir que da lo mismo, soy demasiado gorda como para parir a la criatura sentada.

Después exige saber cuándo fue la última vez que moví el vientre. Pasaron los suficientes días como para no recordarlo, es mi mejor respuesta. No he marcado cada tránsito corporal como si fueran días de fiesta. No con las ventosidades, cólicos, corredera y sequedad de vientre como los que he tenido estos últimos años. ¿Por qué llevar la cuenta detallada de todos los problemas que el tiempo, ese ladrón de juventud y salud, deja sobre mi cuerpo? No somos ricos. Aunque Pietro insiste en buscar a un médico o a un apotecario cada vez que menciono estas tribulaciones, sé que están más allá de nuestros medios. Así

que me reconforto con las dulzuras de Pietro en mi boca y trato de encontrar alivio, ya que no remedio para mis dolencias, en el cariño de mi marido.

La partera se enfoca en mi constipación como si fuera la única preocupación que cualquiera de nosotras tuviera en el mundo. Haciendo exhibición de un ardiente deseo de purgar mis intestinos, manda a una de las mellizas a buscar malva, bórax y berza perruna para hervir en un potaje, mientras que pone a la otra a masajear manzanilla y semillas de lino trituradas en aceite de oliva en un lugar escondido allá abajo en el que frente y espalda se unen entre mis piernas. No es difícil adivinar a cuál de las dos chicas prefiere.

Solo cuando finalmente cago satisfactoriamente concentra su atención en el parto de mi bebé. Extrae una pequeña clavija para que la melliza de la cocina la cubra en grasa, después hace que la otra me abra con ella para que la partera pueda inspeccionar mis interiores. Me dice que grite, tan fuerte como pueda. No me resulta difícil, con una clavija cubierta en grasa dentro de mí. Grito hasta quedar ronca, y finalmente llegan los primeros dolores de parto. Un buen truco, dejarte sin voz para aullar precisamente cuando más quieres hacerlo.

Cada tanto, mi exiliado Pietro llama desde la calle, diciendo que tiene un regalo para mí. Una melliza o la otra corre escaleras abajo y regresa, primero, con una pequeña bolsa tejida con un dije de Santa Margherita, después con un diente de marta, después con un *desco da parto* de madera tan gastado por el uso que no puedo discernir en la escena pintada qué santa madre carga a qué niño sagrado. Aunque maldigo a los prestamistas y las mujeres del mercado tan deseosos de aprovecharse de la preocupación de mi marido, aprieto en mi mano dije y diente, y le pido a las mellizas que pongan el *desco* donde pueda verlo bien.

Hace catorce años que, enloquecida de dolor, quemé todos los que me había regalado hasta entonces en una pira apestosa. Puedo aún sentir el calor del fuego, y estoy bañada en el sudor que produce, mientras le pido a Santa Margherita y a la figura del *desco da parto* y a nuestra Santa Virgen bizca que permitan que este bebé nazca.

El día ya dejó atrás su hora más calurosa cuando Pietro manda tres huevos. Uno rojizo, otro azul cielo, y el último, el más puro de los blancos. La comadrona hace girar los huevos sobre mi barriga, resoplando con satisfacción cuando cada uno se detiene apuntando hacia mis partes. Hace un pequeño agujero en la parte superior y en la inferior de cada huevo y me pide que sople las yemas. Las mellizas rellenan la primera cáscara con amaranto, la segunda con semillas de lino, y la tercera con cardo, y la comadrona dice que tengo que frotar cada una sobre mis pechos todas las noches para que mi leche sea abundante y buena. Pone las cáscaras en una fila debajo de la imagen de la Virgen y bate los huevos hasta que las yemas doradas manchan por completo las claras brillantes. En la siguiente pausa entre contracciones, una de las mellizas me hace comer huevo crudo mezclado con vino tinto. Mientras trato de tragar la mezcla, la otra melliza engrasa mis partes con el resto de los huevos combinados con aceite de eneldo, mientras que la partera enciende una vela votiva y murmura una plegaria que suena a abracadabra.

Cuando la vela se ha consumido en buena parte, me ordena arrodillarme con las piernas bien abiertas en el piso. Las mellizas apilan almohadas detrás de mí, y la comadrona me muestra cómo arquearme hacia atrás sobre la pila hasta que mi cabeza toca los gastados listones del piso de madera. Le digo que he visto un acróbata que se podría haber contorsionado hacia atrás de ese modo, pero que era un muchacho joven y fornido, y yo

ciertamente no lo soy. Cada una de las mellizas me toma por un hombro, estirando y empujando según las instrucciones de la partera, hasta que estoy lo más cerca de esa postura improbable que una mujer de mi edad y mi tamaño pueda estar.

Una vez estirada de cuello a rodillas como ropa de cama, el apretado globo de mi barriga apuntando hacia arriba, la partera pone una mano helada sobre ella y trabaja con la otra en mis interiores. El temblor la sacude tan furiosamente que siento sus temblores dentro de mí. Estoy recostada y doblada hacia atrás de ese modo hasta que mis pantorrillas se adormecen, mi espalda cruje, y el mundo del revés ya no me sorprende, cuando finalmente sus manos huesudas logran que el bebé se suelte. Juro que se para dentro de mí, mi ombligo una gorra sobre su cabecita escondida. Se balancea así durante un breve minuto, y después se acuesta en la dirección opuesta. Pero, todavía, no empuja para salir de mí.

Todos mis anteriores bebés, concebidos como fueron en la juventud cachonda de Pietro y mi útero joven y listo, estuvieron apurados por salir al mundo. Nunzio llegó justo a los dos meses de empezar a moverse en la panza, y Nesto a los tres. Donato casi no me trajo dolores de parto, y Enzo pateó y salió al mundo cuando Donato todavía estaba prendido a mi pecho. No había empezado a sangrar de nuevo cuando quedé embarazada de Berto, así que no sé cuántos meses estuvo adentro de mí, pero parecieron pocos. Y Angelo, mi pequeño ángel, empezó a salirse de mí cuando me agaché para soplar una vela, y ya estaba casi en el mundo cuando la volvimos a prender. Pero este bebé siente la lentitud de nuestra edad. Aunque trato de llenar el tiempo con plegarias optimistas, no puedo sino pensar en ciertos horrores. La viuda del pueblo en el que crecí, que se hinchó por cuatro años antes de parir. La joven novia sorprendida por un zorro cuando iba a su lecho matrimonial, que después parió un

niño con cara larga y puntiaguda y con el cuerpo cubierto de pelo rojizo. La prima de Pietro que tuvo mellizos, uno perfecto como capullo de orquídea, el otro una bestia espantosa entre azul y violeta.

La comadrona pone a prueba a sus asistentes preguntándoles qué piensan que debería probar para sacar al bebé de mi vientre.

—Cubre a la madre parturienta con hojas de verbena recogidas antes del amanecer en el día de la fiesta de San Giovanni —recita una. Suena convincente hasta que, toqueteando con una uña sucia una de las pecas de su barbilla, añade—: ¿O eran hojas de plátano, recolectadas la noche de la fiesta de San Giorgio?

La segunda melliza niega con la cabeza.

—Hazla usar los zapatos de su marido sobre sus manos, y sus pantalones sobre la cabeza —insiste—. Pon el sombrero sobre su abdomen, mientras recita el nombre de la madre de su marido, y de la madre de la madre, y de la madre anterior a ellas, hacia atrás, y ruega perdón de todos sus santos.

Siguen así por un rato, hasta que la partera golpea a cada una con una satisfactoria palmada en una oreja. Les informa que es hora de fumigar mi útero, ya que el humo del fuego de pescado en salmuera y de pezuñas de caballo debería hacer que el niño se mueva. Esto, creo, es verdadero. ¿Qué criatura no dejaría su lugar una vez alcanzado por el hedor de arenque y pezuñas?

Tenemos un poco de arenque en nuestra despensa, pero dado que no damos mucho uso en la cocina a la pezuña de caballo, una de las mellizas es enviada a buscarla, mientras que la otra se apropia de la última de nuestras manzanas. Esto no es del agrado de la partera, que hubiera preferido un alcaucil. No estoy segura de que importe demasiado, dado que la mete por mi trasero, diciendo que va a inclinar el útero para ayudar a que el bebé se deslice.

Pero no sirve, y tampoco sirve la fumigación. El día se convierte en tarde, después en crepúsculo, después en noche, y el bebé aún no ha nacido. La comadrona murmura encantamientos sobre mí mientras las mellizas dormitan en un ovillo en un rincón y Pietro, que se ha vuelto a colar en la casa, ronca desde el piso de la cocina. En la madrugada me hundo en un espasmo húmedo de dolor. Paredes barrosas y ensangrentadas ondulan frente a mí, amenazando con aplastarme si lucho demasiado para salir. Desde ese lugar rezo, no a la Santa Madonna ni a ninguno de los santos benditos, ni siquiera a la Santísima Trinidad, sino a mi propio bebé. “Sal de mí, corderito. Si el mundo es tan cruel como para darte miedo, yo te abrazaré y te protegeré, y le enseñaré a quererte como ya te quiero yo”. Palabras que no me animo a decir en voz alta sino en mi mente, para que solo mi pequeño pueda oírlas.

Para las próximas campanadas a maitines temo que ya no haya bebé en mí. ¿No había yo sangrado cuatro días seguidos, en algún momento, la primavera pasada? Pero en cuanto sale el sol siento que efectivamente mi vientre está lleno, aunque lo que está esperando para nacer no es un nuevo bebé. Debe ser uno de mis muchachos ya crecidos, que ha vuelto a reclamar el amor de madre que me inunda de nuevo, el amor que pensé había enterrado en la tumba común que se los devoró a todos juntos. En tal delirio, no registro las maneras en las que mi cuerpo es estirado y contorsionado por las aprendices de la partera, qué embadurnan o gotean o meten sobre o dentro de diversas partes de mi cuerpo. Vuelvo en mí al oír las campanadas de sexta al mediodía, y me encuentro parada con cada brazo rodeando los hombros de una melliza, las tres caminando en círculo como mulas ciegas alrededor de un trapiche. Seguimos y seguimos por horas. Cuando, bañada en sudor y muerta de sed ruego por

agua, la comadrona solo me da vino. Pero cuando pido que me adormezcan con vino, todo lo que consigo es agua tibia. Le puedes pedir a Dios y a los santos por compasión, pero ni te molestes en pedirla de esta comadrona.

Es la tarde de Lammas cuando la bebé finalmente llega. Una hija, la primera que tengo. Estoy tan agradecida cuando sale de mí que gimo un exhausto “Hosanna”. Pero la vieja partera oye “Susanna”. La baña y la envuelve bien apretada. Agotada como estoy, apenas puedo levantar la cabeza para echar un vistazo a mi preciosa niña antes de que la partera llame desde la ventana a Pietro, a quien ha vuelto a echar a la calle al amanecer, para que lleve a Susanna a bautizar. Luego ordena a una de las dos mellizas que frote pétalos de eléboro bajo mi nariz hasta que estornudo la placenta en las manos expectantes de la otra.



Habiendo parido a mi hija, duermo. Cuando me despierto la noche está avanzada, la habitación vacía. Podría creer que el trabajo de parto y el nacimiento fueron un sueño si no fuera por el dolor entre mis piernas, por el hedor a sangre animal y a sudor y a placenta que perduran en la oscuridad. Y por el terrible dolor que agranda mis pechos, mis pezones endurecidos listos para la boca de Susanna. Hinchada y tierna, oigo los sollozos de Pietro llenar la casa a oscuras.

Un hombre llorará de alegría cuando su mujer ha parido a su hijo. Un hombre de corazón tierno quizá hasta llore lágrimas de asombro ante la delicada belleza de su nueva hija. Pero este sonido animal que surge de Pietro es distinto. Lo conozco, y el conocimiento se clava como una lanza aguda entre mis pechos expectantes.

Por eso es que la partera la hizo llevar tan pronto, para que la pequeña alma de mi hija tuviera un mejor destino que su pequeño cuerquito. ¿Qué deformidad horrible entrevió la partera en mi recién nacida que yo, con mi instinto de madre, no vi? No lo puedo saber. Y no me perdonaré el no saber.

En mi sueño, he apretado el dije de Santa Margherita en una mano y el diente de marta en la otra. Con el vientre apoyado sobre el crudo estigma que han dejado en mis palmas me pregunto cómo, en todos los meses en los que mi hija vivió en mí, beba y madre una sola criatura, no supe conocerla. Tan tonta fui, ni siquiera admití que estaba allí. Y ahora, cuando más la ansío, cuanto más ansío su mamar hambriento con el que ella me ansiaría a mí, se ha ido.

“Lo que es tumba es útero”. Eso es lo que los sagrados frailes predicaban cuando la Muerte con su apestoso ejército nos robó tanto, hace más de una década. Los gusanos convertirán hojas muertas, árboles muertos, hombres muertos en nuevo suelo. Pero ¿qué pueden hacer los gusanos por una mujer viva y sufriente?

Que los frailes de hábitos marrones tiemblen de admiración frente a cómo la tumba de la tierra produce brotes. Esas maravillas no son consuelo cuando pares un bebé que muere.



La siguiente vez que me despierto la habitación está inundada de luz dorada, y toda Verona huele a pan leudado. Es el Día de Lammas, una fiesta de la cosecha. Semillas sembradas cosechadas como grano, luego molidas y horneadas en hogazas redondas. Pietro, con los ojos rojos y sorprendidos, está de rodillas junto a nuestra cama, rompiendo pedacitos de ese pan bendito. Sumer-

giendo algunos en miel, otros en vino. Dándomelos de comer. ¿Puede algo ser tan dulce junto al gusto metálico del dolor?

Una procesión del Día de Lammás pasa, sus tambores y sus gritos y trompetas haciendo eco contra los edificios, resonando por sobre nuestro piso y nuestras paredes. Una vez que el sonido pasa, Pietro desliza sus manos debajo de mí, sus palmas tibias sobre el dolor de mi espalda.

—Susanna está...

Sacudo mi cabeza, interrumpiéndolo. No dejaré que diga la palabra. No me voy a permitir escucharla.

¿Por qué no podemos estar nosotros dos solos, como estuvimos en otros años, y felices? Pero aquí están, el retrato de la Santa Madonna dando de mamar al bebé sagrado sobre nuestra pared, y algún santo u otro recién nacido sobre el *desco de parto* en el que se apoyan la miel, el pan y el vino. Íconos de lo que no podemos tener, madres benditas que me recuerdan lo que nunca seré de nuevo. La peste que robó a nuestros otros hijos hizo que media ciudad muriera. Pero esta nueva pérdida nos llega solo a nosotros. Esta es la gran trampa del dolor: piensas que te has enfrentado a lo peor, sin imaginar todo lo que todavía puede venir.

Afuera en algún lugar maúlla un gatito solitario, y mi leche comienza a derramarse. Pietro atrapa la primera gota débil sobre su dedo meñique, un gesto demasiado delicado para un marido lujurioso. Humedece un paño y me lava, me viste, vuelve a trenzar mi largo cabello y lo cubre. Luego me pone de pie, y me hace bajar las escaleras y atravesar las calles sinuosas de Verona. Dolorida y rígida, me muevo despacio. Pero lo que más me duele me motiva a seguir, apoyada en el brazo de Pietro, diciendo para mí misma la promesa que me susurró mientras me levantaba de nuestra cama. Hay una beba que me espera. Que me necesita tanto como yo a ella.

Dejamos nuestra parroquia habitual, Pietro me guía más allá de las torres y las casas de artesanos y las iglesias que marcan el camino hacia la Piazza delle Erbe. Aún con los puestos cerrados por el Día de Lammas, el aire está fragante de albahaca, romero e hinojo, lo que me hace pensar en las cáscaras de huevo llenas de hierbas que han quedado atrás. No necesito remedios, pociones. Solo necesito una criatura que saque lo que ya se está espesando en mí.

Cruzamos debajo de la torre Lamberti, hacia donde la *piazza* se estrecha en Via Cappello. A esta parroquia no vengo nunca, porque ¿qué tengo yo que hacer con los príncipes Scaligeri y las familias ricas que garantizan su poder? Nada. Hasta hoy. Este día bendito en el que, deteniéndose a mitad de camino en Via Cappello, mi marido levanta un enorme llamador labrado y lo golpea fuerte sobre la puerta de madera. La puerta se abre, y bajo un arco lo suficientemente alto como para dejar pasar un hombre a caballo, entro en Ca' Cappelletti.



La casa Cappelletti no huele a ofrendas leudadas para el día de Lammas, ni a los productos que se venden en el mercado de hierbas. No hay ningún atisbo del desperdicio fétido que inunda las calles de Verona o de los cerdos que corren libremente para alimentarse de él. Esos olores no logran atravesar estas paredes, gruesas como las de las catedrales. Respiro este milagro mientras que un paje no mayor que un monaguillo despacha sutilmente a Pietro con un gesto, y luego me conduce sola a través del aire fresco del piso inferior, perfumado por las reservas de vino y grano, carnes curadas, quesos duros y aceites. Lo sigo por unos escalones de piedra a un piso tan lleno de alfombras de

lana, capas de piel y perfumeros ardientes que sus ricos aromas se sienten como sabores en mi boca. Las paredes e incluso los tirantes de madera del techo están decoradas con imágenes sagradas aquí, con bestias exóticas allá, repitiendo por todos lados formas y patrones danzantes que me marean.

Nos apuramos frente a la gran sala y a través de los departamentos privados de la familia hasta un rincón íntimo de la casa. El paje se detiene frente a un cortinado pesado, raspándose agitadamente el cuello y tartamudeando que no le está permitido ir más allá. Abro las cortinas y, a través de sus escenas de cervatillas y liebres retozando en un bosque imaginario, entro en la habitación de parto.

Una doncella zigzaguea por la habitación con fuentes de pollo asado y mollejas, sirviendo a una docena de mujeres chusmas que circulan alrededor de la cama de la reciente madre. La mayoría de las invitadas lucen sobrevestidos pesadamente decorados con joyas y profusamente bordados con los escudos de las familias más importantes de la ciudad. Las demás tienen los hábitos largos de los conventos más ricos de Verona. Nadie me ve entrar, salvo una aguda asistente de la comadrona, que desliza un manojito estrechamente apretado en una faja en mis brazos y murmura: “Julieta”.

Julieta, una pequeña joya. Ningún rubí, ningún zafiro, ningún diamante podría brillar más. Mi pequeña joya y yo estamos tan ansiosas una por la otra como un par de jóvenes amantes. Me acomodo sobre un enorme almohadón en el piso mientras la acuno en uno de mis brazos, abro mi blusa empapada en leche y le ofrezco un pecho. Lo toma con tanta avidez que me hace sonreír. Cuando ha mamado de uno, y después del otro pecho a satisfacción, la acuesto delante de mí sobre el almohadón de seda. Acomodo su cabeza entre mis pantorrillas, sus piecitos fa-

jados contra mis mullidos muslos y con mis pulgares recorro la suavidad de sus pequeñas mejillas. Santa María, solo mirarla llena mi corazón de madre.

Julieta es mi tierra y yo soy su luna, tan atrapadas en nuestra esfera celeste que existimos de modo completamente ajeno al ajetreo de la habitación de parto. Somos invisibles aún para la nueva madre que yace en el lecho, quien levanta su delgado brazo, brazaletes de coral tintineando sobre sus muñecas. Sin más señal que esa, se traen copas de plata y jarras de *trebbiano* para las invitadas. Aparecen cuencos de mayólica colorida, sus tapas cubren guisos especiados. Llegan bandejas con montones de bizcochuelo, y mazapán, y sales finas. Todo se come con unos tenedores de plata delicadamente labrados que ha traído la tía del príncipe Cansignorio, que repite a cada recién llegada cómo fueron elegidos del inventario Scaligeri por el príncipe en persona.

No me importan nada los sofisticados regalos, ni el mobiliario suntuoso de la habitación, excepto la pesada tina de plata en la que lavo a Julieta, y el brasero de bronce sobre el que caliento las vendas con las que la envolveré. Cuidar, tocar a tal pequeño encanto viviente. Me acerco para oler su delicado aroma a bebé, y sé que es mi leche en su aliento, mi beso en su suave cabello. Mi pequeña corderita, susurro con esos besos, que no te preocupen o intriguen todos esos otros ruidos, quién los hace y por qué. No importan, ahora que estoy aquí. Aquí para ti.



Julieta tiene un hambre feroz, se despierta seis o siete veces durante nuestra primera noche para mamar. No me molesto en abrochar mi blusa y dejo un pecho listo para que no lllore y des-

pierte a toda la casa. Pero para alimentarla, debo alimentarme yo. En algún momento tranquilo, hambrienta con su hambre, me acerco a la mesa junto a la cama de parto, donde quedan restos de la cena de la señora Cappelletta. Una vela humea bajo un retrato de Santa Margherita. ¿Sorprende a alguien que los santos favorezcan a los ricos que ofrecen estas extravagantes devociones aun mientras duermen, cuando el resto de nosotros apenas podemos costear prender una vela sobre una mesa de trabajo mientras estamos despiertos?

En la luz danzante, elijo la presa más oscura. Aun fría, es la mejor que he comido jamás. Cierro mis ojos, chupando la carne de pollo del hueso, saboreando el gusto hasta que siento un par de ojos sobre mí. La señora Cappelletta.

Deslizo el hueso robado en mi manga, para que no me llamen ladrona. Pero bien alimentada como está la señora Cappelletta, no parece notar lo que he tomado.

Fija su vista en mis pechos desnudos.

—¿Es eso lo que les hacen? ¿Chuparlos como cerditos hasta que quedan flácidos?

Parada tan cerca de la cama de parto, veo que ella misma es apenas más que una niña, consumida por un temor infantil a su propio cuerpo, en qué se va a convertir.

—El tiempo hace lo que el tiempo hace —le digo—. Nadie tiene —la miro y adivino— catorce para siempre.

Mira hacia los bultos que aun después del embarazo apenas curvan su camión.

—Ya he cumplido los quince.

—Una edad en la que el capullo se hace flor. —Una edad que es apenas un tercio de la mía. Su cara y su cuello son suaves como los de una estatua; su cabello trenzado y entretejido con cuentas brilla. La señora Cappelletta es esa belleza que los poetas

llaman una rosa apenas arrancada, y que las viejas viudas chismosas llaman una moneda que aún no se ha gastado. Sin poder creer que esto no alcance para complacerla, añado—: Y bendito sea que tu hija tiene salud. —No puede saber lo mucho que me cuestan estas palabras.

—¿Y qué si el bebé es sano?

—No es el bebé —le digo—. Ella. La hija hermosa de una madre hermosa.

Los costados de su preciosa boca se endurecen.

—Que debería haber parido un hijo.

—Usted es joven. Ya vendrán los hijos.

—Yo soy joven, pero mi marido no lo es. —Se estremece cuando habla de él—. Tampoco es paciente.

Seguramente todo lo que está pensando su marido esta noche es cuánto le costará la dote de la hija de una casa tan importante, esto lo encogerá más que su impaciencia. ¿Pero quién soy yo para decírselo?

—Pronto me montará de nuevo —dice— para hacerme un hijo.

El miedo tiñe sus palabras. Quizá sea más que la edad lo que los hace mala pareja. Él debe ser de humor caliente, como lo son los hombres, y ella de humor frío, no como yo. Aunque sin jamás haber visto a su marido no puedo decir que haya nada en él atractivo para una mujer. En especial, para una apenas salida de la niñez.

Sus dedos, pesados de anillos de perlas, tiran de la cruz oro y granate que cuelga de su cuello, luego juegan con los brazaletes de coral de cada muñeca. Talismanes extravagantes, de seguro de la familia de su marido, que nadie pensó en desabrochar a la noche para que duerma de modo más confortable.

Ella misma necesita dolorosamente una madre, pese a ser, como es, una madre nueva. Podría sentarme en la gran cama,

acariciando su cabello y murmurando palabras de consuelo hasta que sus manos estén calmas. Podría decirle que muchas esposas a quienes sus maridos no dan placer al engendrar hijos encuentran luego gran felicidad en los niños que traen al mundo. Pero Julieta comienza a moverse, y vuelvo la espalda a la cama de parto para levantar a la niña que está a mi cargo.